

PASO DEL LATÍN A LAS LENGUAS ROMANCES

Prof. Bruno Manara*

Abstract

Some common characteristics to the main modern Romance languages are reviewed and that, by the same thing, we were conceited they have still originated in the Latin spoken of the time del Roman empire. Other Latin provincial characteristics are also indicated that, with the passage of the centuries went specializing of such form which today no longer they belong to the totality of the Romance languages, but single to one or some of them.

En la lengua de cada pueblo se reflejan de algún modo los acontecimientos histórico-culturales vividos por el pueblo que la habla. En este sentido, es muy enriquecedor echar una mirada de conjunto a la forma como se originaron las lenguas romances modernas, que tienen todas el latín como lengua madre.

*El Profesor **Bruno J. Manara** es Licenciado en Letras, con mención en Latín Superior, por la Universidad Central de Venezuela el año 1973. Ha ejercido por muchos años como docente de castellano, latín y literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas (IPC) desde 1967; y en el Instituto Venezolano de Audición y Lenguaje (IVAL) entre 1973-80. Lleva a su cargo la enseñanza de griego bíblico en el ITER desde el año 1993; y la de Idioma Clásico (concretamente el Latín), en este mismo Instituto, desde el año 2001. Profesor de Latín para Botánicos en el Postgrado de Agronomía (UCV-Maracay), desde 1997 y autor de un texto de *Latín y Griego Básicos para Botánicos* (Fund. Planchart, 1995). Incursionó en la investigación de la literatura oral popular, a través de la hoy desaparecida Federación Nacional de la Cultura Popular, FENACUP. En particular, de su contacto con los cultores del espiritismo popular, resultaron los trabajos: *El Jefe, Gregorio Camacho* (1985), *María Lionza, su entidad, su culto y la cosmovisión anexa* (UCV, 1995), y *El mundo de Gregorio Camacho, espiritista yaracuyano* (UCAB-ITER, 2002). También publicó algunos textos escolares de *Dibujo Técnico* (Ed. CO-BO) y algunos trabajos de difusión científica, en particular: *El Ávila, Biografía de una Montaña* (Monteávila Ed., 1998).

A medida que Roma fue imponiendo su autoridad sobre un número cada vez más numeroso de pueblos, fue también obligando al uso del latín como lengua oficial. Sin embargo, con el paso del tiempo se abrió una brecha cada vez más honda entre el latín culto y el latín popular, o entre el latín urbano y el latín rústico o provincial. Entre otras razones, una puede ser la circunstancia de que, al aumentar Roma su auge político y económico, el latín culto hablado en la urbe, además de ser un medio de comunicación, también persiguió propósitos estéticos y comenzó a regirse por normas estilísticas y retóricas, que pretendían lograr la belleza y elegancia del lenguaje. En contraste, el latín popular era esencialmente una lengua para la comunicación humana del día a día; y mientras en el latín literario se supeditaba la función comunicacional del idioma a las normas estéticas y retóricas, en el latín popular se prefería (como en todos los idiomas) la efectividad comunicacional a la corrección lingüística.

Al respecto, no estará demás señalar que las inscripciones oficiales romanas eran una mezcla arbitraria de arcaísmos y dialectismos, junto con las formas usuales contemporáneas, y que en la época imperial había abogados que, inclusive en los tribunales, «afectaban una pronunciación rústica y rellenaban sus discursos con expresiones y giros del campo» (Espasa-Calpe, *Roma*).

Contrastando con esta tendencia, había otra, que guiándose por los principios de las grandes escuelas retóricas y literarias griegas, buscaba la belleza literaria mediante el refinamiento de la expresión lingüística, más bien que su efectividad comunicativa. Tal propósito se perseguía construyendo oraciones complicadas, llenas de incisos y oraciones subordinadas, que dificultaban la comprensión del lector o del oyente común. Por lo que respecta a la poesía, en modo particular, las exigencias métricas obligaban a veces al uso de arcaísmos, metáforas y trasposiciones sumamente violentas de las palabras, con lo cual se creaba un lenguaje artificioso, rítmico y sonoro, ciertamente, pero muy alejado de la expresión normal del idioma.

En contraste, el emperador Augusto, según refiere Suetonio, detestaba «la hediondez de las palabras afectadas». Su deseo de claridad llegaba hasta el punto, que trataba de «insano» (*insanum*) a Marco Antonio, su colega en el triunvirato, porque escribía de forma tal, que parecía querer excitar el asombro, más bien que la comprensión en los lectores.

Inclusive, cometía intencionalmente «errores» gramaticales, abusaba de las conjunciones y preposiciones, y prefería las formas más eficaces para expresar su pensamiento, aún a costa de sacrificar la elegancia estilística. Se dice que tampoco tenía reparos en usar voces extranjeras cuando se presentara el caso, como el iberismo *dureta*, para referirse a una silla de baño de madera, que

utilizaba cuando se sumergía en aguas termales para aliviar la artritis (Suet., Lib. II, 82-86 passim).

Otro poderoso factor disgregador dentro de la masa latinohablante de la época imperial era, como lo reconocen todos los estudiosos de las lenguas, el sustrato lingüístico de los diferentes grupos humanos que adoptaron, por las buenas o por las malas, el latín como lengua oficial. Es fácil comprender, entonces, que una misma palabra latina tomara matices diferentes en boca de un itálico, de un hispano, de un galo, de un germano, de un britano, de un dacio, o inclusive de un griego.

San Isidoro de Sevilla, en el s. VI-VII después de Cristo, estaba ya consciente de este fenómeno, que él presenta peyorativamente en los siguientes términos: «Todo pueblo, al romanizarse, junto con sus riquezas llevó a Roma también sus *vicios*, tanto de dicción, como de costumbres» (*Etym.*, I, xxxii).

La realidad es que esta tendencia innata disgregadora de los idiomas, hace dos mil años obraba a sus anchas mucho más que ahora, tanto por el reducido grupo humano que tenía acceso a la educación formal, como por el relativo aislamiento en que cada grupo latinohablante del extenso imperio se hallaba, al no existir entonces los medios de comunicación de masa que tenemos en la actualidad.

Aún así, mientras existió la unidad política presidida por Roma, y el consiguiente intercambio humano, comercial y cultural entre las distintas provincias, se mantuvo cierta cohesión lingüística entre estas o, si se prefiere, todas ellas fueron avanzando juntas hacia los mismos cambios lingüísticos. Esto es lo que permite identificar unos rasgos comunes en lenguas tan diferenciadas hoy, como el castellano, el portugués, el francés, el italiano y el rumano.

De entrada, queremos llamar la atención sobre la circunstancia de que el rumano, actualmente hablado en Rumania y parte de Macedonia, se diferencia de sus lenguas hermanas por rasgos estructurales importantes, tanto por razones históricas, como de geolingüística. En efecto, a partir del s. III, las provincias de Hispania (menos la Bética), Galias e Italia llegaron a formar parte del Imperio Romano de Occidente, con Roma como capital, mientras el área lingüística de lo que hoy conocemos como rumano, quedó incorporada al Imperio Romano de Oriente, cuya capital era Bizancio, luego Constantinopla. Además de la diferenciación administrativa, ambas secciones del imperio romano tenían distintas lenguas oficiales, a saber: el latín en el primer caso, y el griego en el segundo.

Como se sabe, la antigua provincia romana de Dacia, cuna del rumano moderno, fue conquistada e incorporada al imperio por el emperador Trajano a

comienzos del s. II (101-107 d. C.). Para ello, según la costumbre romana, estableció en la nueva tierra conquistada, núcleos de legionarios, como fuerza de ocupación primero, y luego como colonos. Sin embargo, por la evolución histórica y política de los siglos posteriores, según lo indicamos, ese contingente humano latino hablante quedó inmerso en un mundo de habla huno-altaica, eslava y griega, que lo aisló del resto del mundo lingüístico latino. Estas circunstancias explican ciertos rasgos del rumano que en las provincias del Imperio de Occidente fueron uniformemente desapareciendo a partir del s. II d. C. Aún así, veremos que otros rasgos, a través de los siglos, se mantuvieron análogos a los de sus lenguas hermanas. A continuación iremos detallando las más evidentes de estas peculiaridades.

1- En primer lugar, mientras en latín había palabras masculinas, femeninas y neutras, las lenguas romances de occidente fueron sistemáticamente transformando los neutros latinos en masculinos, o a veces en femeninos. En ocasiones, en el caso del castellano, de una misma palabra neutra latina, en singular y en plural, resultaron dos voces diferentes: una originada del singular, otra del plural latino. Por ejemplo:

<i>velum</i> (n. sing.) – el velo <i>vela</i> (n. pl.) – la vela (del barco)	<i>votum</i> (n. sing.) – el voto <i>vota</i> (n. pl.) – la boda
<i>lignum</i> (n. sing.) – el leño <i>ligna</i> (n. pl.) – la leña	<i>nomen</i> (n. sing.) – el nombre <i>nómina</i> (n. pl.) – la nómina
<i>signum</i> (n. sing.) – el sino; el signo <i>signa</i> (n. pl.) – la seña	<i>áñimal</i> (n. sing.) – el animal <i>animalia</i> (n. pl.) – la alimaña

En italiano también los neutros latinos pasaron sistemáticamente a ser de género masculino, pero se da el caso de que varias palabras masculinas tienen dos plurales: uno masculino, y otro femenino. Este último procede siempre de un neutro plural latino, terminado en *-a*. Por ejemplo, del latín *membrum*, miembro (pl.: *membra*, los miembros), resultó en italiano: *membro* (m. sing.), cuyo plural puede ser: *le membra*, f. (los miembros del cuerpo), o: *i membri*, m. (de un equipo, etc.)

El género neutro sobrevivió en el artículo y en los pronombres demostrativos (lo; esto, eso, aquello), pero solo en singular y concuerda con el género masculino (ej.: lo *bueno* atrae), tanto en castellano, como en portugués y en francés; pero desapareció casi por completo en italiano.

En rumano, en contraste, son neutros todos los nombres de objetos, con raras excepciones, y concuerdan con el masculino en singular, y con el femenino en plural. La razón de esto último, como sucede con el italiano, se comprende fácilmente, ya que los neutros plurales latinos se enuncian en *-a*, que es también la terminación dominante del femenino singular (ej.: *rosa*, f.; *lignum*, n. sing.; *ligna*, n. pl.). En este punto, pues, el rumano, al conservar el género neutro como un género del sustantivo, revela un rasgo arcaizante que estructuralmente lo acerca al latín clásico más que las otras lenguas romances occidentales.

2- En segundo lugar, en todo el mundo latino hablante de occidente desapareció la sintaxis de los casos, que fueron reemplazados por las preposiciones. Esta tendencia se insinuaba ya en el s.I a. de C., en autores clásicos como Salustio y Cicerón. En efecto, el primero nos dice que en Catilina no había «*nulla conscientia de culpa*» (en lugar del culto «*nulla conscientia culpae*»), y Cicerón, escribiendo a Ático, presenta a Pisón como «*his de rebus conscium*», en lugar de: «*harum rerum conscium*», o sabedor de estas cosas. Además, en el s. I d. C. en Roma existía el cargo oficial de «Curátor de *Via Sacra*», en sustitución del republicano: *Curátor Viae Sácræ*, encargado de la *Vía Sacra*.

El rumano, por su parte, para el artículo, el adjetivo y los pronombres todavía hoy conserva tres casos, en los cuales sintetizó cinco casos del latín clásico, a saber: Nominativo-Acusativo, Genitivo-Dativo, y Vocativo, mientras perdió por completo el caso Ablativo. En esto presenta un paralelismo con el griego moderno, que también redujo a tres los cinco casos griegos clásicos, a saber: Nominativo-Vocativo, Genitivo-Dativo, Acusativo. He aquí, por ejemplo, como se declina en rumano la expresión «*bunul copil*», el buen niño (lit.: bueno-el niño):

singular	plural
N.A. <i>bunul copil</i> - el buen niño	<i>bunui copii</i> - los buenos niños
G.D. <i>bunului copil</i> - del/al buen niño	<i>bunilor copii</i> - de/a los buenos niños
V. <i>bunule copil!</i> - oh buen niño!	<i>bunilor copii!</i> - oh buenos niños!

3- Además, en el latín popular se fueron perdiendo las terminaciones adverbiales *-e*, *-er*, *-iter* (*obscurē, violēter, fórtiter*, obscura, violenta, fuertemente), que en las provincias occidentales fueron desplazadas por expresiones con la palabra *mente*.

Es fácil comprender que al comienzo tales expresiones surgieron como equivalentes de un adverbio clásico (ejs.: «astuta mente», en lugar de *astute*; «intelligenti mente», en lugar de *intelligēter*; «forti mente», en lugar de *fórtiter*, etc.). Una vez más, de este uso se citan ejemplos inclusive de autores clásicos, como el refinado y culto Lucrecio. Este, en efecto, le dice a Memo que la verdadera piedad no consiste en rezos, prosternaciones, hacer votos y más votos e inundar los altares con sangre de animales, «sino más bien en poder mirarlo todo *tranquilamente*» («sed mage *pacata* posse omnia *mente* tueri»). *De Rerum Nat.*, lib. V, v.1203).

En un momento posterior, esta tendencia se generalizó para toda circunstancia, aún cuando la «mente» no tuviera nada que ver en ello (ej.: «cúrrere ágili mente», correr ágilmente). De ello nos da un ejemplo el mismo poeta un poco más adelante, cuando nos dice que «los toros escarbaban la tierra *amenazadoramente*» (*tauri... terram minitanti mente* ruébant». *Ib.*, v. 1325).¹

Lo anterior conllevó la pérdida del significado original de la palabra «mente» en ciertas circunstancias, en asociación con un adjetivo, para volverse un simple sufijo adverbial. Tal fenómeno lingüístico se dio en todo el imperio romano de Occidente, como lo podemos reconocer hoy en las lenguas que surgieron de ese ámbito geográfico (ejs.: cast., *sola-mente*; port., *so-mente*; fr., *seule-ment*; ital., *sola-mente*, etc.).

El rumano, en cambio, sigue haciendo los adverbios de modo, cuando los hace, como sucede con los adjetivos que terminan en *-tesc* (ej.: *barbatesc*, barbado, varonil), por medio de un cambio de sufijo: *-este* (ej.: *barbateste*,

¹ En el texto del *De Rerum Natura* que acompaña la traducción castellana de Lisandro Alvarado (Caracas, ME, 1958), la expresión «minitanti mente» es reemplazada por *minitanti fronte*, o «con frente amenazadora», posiblemente según el texto de Munro (Londres, 1906), seguido por Lisandro Alvarado. Sin embargo, en la edición de Amsterdam, cuidada por Sigevert Havercamp (2 Vols., Janssonius van der Aa., 1725), se lee «minanti mente»; y a continuación, en nota, se da cuenta de la variante «minitanti mente» que apareció en la edición a cargo de Juan Bautista Pío, (Bononia, 1511), y consta también en dos viejos manuscritos de la biblioteca de Amsterdam. El verso en cuestión, además, en esa edición es el 1324, no el 1325, como en la Ed. de Caracas.

varonilmente). Este procedimiento es análogo al sistema latino clásico que se señaló arriba.

Si ahora tomamos en consideración la circunstancia de que el establecimiento de las colonias de legionarios romanos en Dacia se produjo a comienzos del s. II d. C., podemos deducir que la generalización de las expresiones adverbiales en *-mente* se produjo en el ámbito del futuro imperio romano de Occidente ya entrado el s. II d. C., es decir, cuando la provincia de Dacia estaba siendo aislada del resto del mundo latino hablante por los movimientos de pueblos bárbaros a su alrededor.

3- En tercer lugar, el adjetivo demostrativo latino *ille, illa, illud*, aquel, aquella, aquello, se podía anteponer o posponer al sustantivo, de modo que era igualmente correcto decir: *ille homo*, u *homo ille*, aquel hombre, o el hombre aquel. Sin embargo, con el uso cada vez más frecuente, este adjetivo fue perdiendo su categoría de demostrativo y se volvió un simple acompañante del sustantivo, es decir, un «artículo», pero siempre antepuesto al nombre. Al menos, esto fue lo que sucedió en el ámbito del imperio romano de Occidente, como se desprende por el uso moderno de las lenguas romances (ejs.: cast., *el hombre*; fr., *l'homme*; it., *l'uomo*).

Vale la pena notar, sin embargo, que en este punto revela cierta divergencia el portugués, cuyo artículo se formó no sobre el demostrativo latino *ille, illa, illud*, sino sobre su equivalente pronombre de 3ª persona *is, ea, id* (en caso Acusativo: *eum, eam, id*). De allí, los artículos portugueses: *o ome, a mulher*.

Una vez más, el rumano se aparta de esta tendencia de las lenguas romances de Occidente, y coloca el artículo como enclítico del nombre. Es decir, que el artículo rumano se desarrolló a partir del uso del demostrativo latino *ille, illa, illud* pospuesto al nombre, como en «*pupillus ille*», niño aquel (ej.: *copilul*, el niño), «*homo ille*», hombre aquel (ej.: *ómul*, o *barbátul*), o «*fráter ille*», hermano aquel (ej.: *fratele*).

Puede que en esto haya influido también el contacto con una lengua como el vecino húngaro, que también coloca el artículo y las preposiciones como enclíticos de los sustantivos.

4- Otro rasgo del latín clásico era la formación de los grados de comparación en forma sintética por medio de sufijos: *-ior, -ius*, para el comparativo de superioridad (ej.: *tárdior, tardius*, más tarde, o más lento), e *-íssimus, a, um, -íllimus, a, um, -érrimus, a, um*, para el superlativo (ejs.: *tardíssimus, utíllimus, acérrimus*).

Tales sufijos, en el uso popular, cayeron en desuso, y el grado comparativo de superioridad se fue expresando en forma analítica por medio de los adverbios de cantidad *plus*, o *magis*, más (ejs.: *plus* tarde, o *magis* tarde), pero con la siguiente particularidad: en las Galias e Italia los hablantes prefirieron usar el adverbio *plus* (ejs.: fr. *plus* tard; it., *più* tardi), mientras en Hispania y en Rumania se prefirió utilizar el adverbio *magis* (ejs.: cast., *más* tarde; port., *mais* tarde; rum., *mai* tarziu).

En cuanto a los sufijos del superlativo, sólo los conservó como una alternativa el italiano (ej.: tardísimo, paupérrimo). Los otros romances los reemplazaron con el artículo y un adverbio de cantidad o formas equivalentes (ejs.: cast., *el más* grande; port., *o mais* grande; fr., *le plus* grand; it., *il più* grande; rum., *foarte* mare). En castellano los sufijos superlativos *-ísimo*, *-érrimo*, fueron tomados del italiano durante el Renacimiento. En este punto, pues, el castellano moderno presenta más semejanzas con el latín clásico que el castellano medieval.

Con respecto a los grados del adjetivo latino, hay que tomar en consideración otro detalle, a saber, que algunos adjetivos formaban los grados sintéticos en forma irregular, es decir, cambiando de radicales. Estos comparativos, al pasar a las lenguas romances, en general se conservaron; los superlativos también, pero no siempre. Véanse los ejemplos que siguen:

Grado positivo	Compar. superioridad	Superlativo
Lat. <i>bonus</i> Cast. bueno Port. bon Fr. bon It. buono Rum. bun	<i>mélior</i> mejor mellor meilleur; mieux migliore mai bun	<i>óptimus</i> óptimo ótimo très bon (fort bon) óttimo optim; foarte bun
Lat. <i>malus</i> Cast. malo Port. mau, mal Fr. mauvais	<i>péior</i> peor pior pir	<i>péssimus</i> pésimo péssimo très mauvais (fort mauvais) péssimo foarte rau
It. malvaggio Rum. rau	peggiore mai rau	péssimo foarte rau
Lat. <i>grandis</i>	<i>máior</i>	<i>máximus</i>

Grado positivo	Compar. superioridad	Superlativo
Cast. grande	mayor	máximo
Port. grande	maior	máximo
Fr. grand	majeur	le plus grand
It. grande	maggiore	mássimo
Rum. mare	major	maxim; foarte mare
Lat. <i>parvus</i>	<i>minor</i>	<i>minimus</i>
Cast. pequeño	menor	mínimo
Port. pequeno	menor	mínimo
Fr. petit	moindre	minime
It. piccolo	minore	mínimo
Rum. mic	minor	minim

En este punto, es digna de ser tomada en cuenta la circunstancia de que a veces estos comparativos no se perciben como tales, según lo revelan las expresiones populares «más mayor», «más mejor», «más peor», etc. Para desesperación de los puristas, no estará demás recordar que ya en el griego y el latín de hace dos mil años, se empleaban expresiones equivalente a estas, como la conocida afirmación de San Pablo: «dissolvi et esse cum Christo *multo magis melius*», disolverse (morir) y estar con Cristo (es) *mucho más mejor*. Esta expresión, a su vez, está calcada sobre el original griego: •αναλυσαι και συν Χριστω ειναι, πολλω μαλλον κρεισσον. (Phil.1, 23)

6- Otro cambio que se produjo en el paso del latín al romance, fue la disminución de las conjugaciones verbales. Eso, por lo menos, se dio en los romances occidentales, que redujeron a tres las cuatro conjugaciones latinas. En contraste, el rumano mantuvo las cuatro conjugaciones; pero eliminó por completo el sufijo latino *-re*, que expresa el infinitivo, y lo reemplazó con la preposición *a*, de un modo análogo a lo que sucede en inglés (*to be*; *to have*, etc.). Véase el gráfico siguiente:

Latín	Rumano	Castellano	Portugués	Francés	Italiano
<i>dare</i> (1ª)	a da (1ª)	dar (1ª)	dar (1ª)	donner (1ª)	dare (1ª)
<i>videre</i> (2ª)	a vedea (2ª)	ver (2ª)	veer (2ª)	voire (2ª)	vedere (2ª)
<i>emittere</i> (3ª)	a emite (3ª)	emitir (3ª)	emitir (3ª)	emette (2ª)	eméttete (2ª)
<i>sentire</i> (4ª)	a simti (4ª)	sentir (3ª)	sentir (3ª)	sentir (3ª)	sentire (3ª)

También se debe señalar que en latín existe una forma verbal llamada *supino*, que está en la base del participio pasado. El *supino*, además, se utilizaba en construcciones en que las demás lenguas romances usarían una preposición y un infinitivo. Ejemplos: Vamos *a dormir* (lat.: *vádimus dormitum*); himno difícil *de cantar* (lat.: *hymnum difficile cantatu*). En rumano, en cambio, sí se mantiene la construcción con *supino* (ej.: *imn greu de cantat*, himno difícil de cantar); y con esto, una vez más revela rasgos arcaizantes que las otras lenguas romances desecharon desde sus orígenes.

7- Por otra parte, un rasgo evolutivo común que se observa en todas las lenguas derivadas del latín, es la eliminación de la serie sintética de la voz pasiva de los verbos, para reemplazarla por un verbo auxiliar (*ser*) y el participio pasado. Esto, en realidad, ya sucedía en latín clásico con los tiempos que, en la voz activa, se formaban sobre el radical del perfecto, a saber: pretérito, futuro anterior y pluscuamperfecto indicativo, y sus equivalentes del subjuntivo y el infinitivo pasado. En este punto, por lo tanto, podemos decir que las lenguas romances lo que hicieron fue avanzar en la misma dirección señalada ya por el latín, hasta que finalmente cayeron en desuso las formas sintéticas en todos los tiempos de la voz pasiva. Por razones de simplicidad, he aquí las primeras personas de los tiempos del modo indicativo, en la voz pasiva:

	Latín	Cast.	Port.	Fr.	It.	Rum.
Pres.	<i>videor</i>	soy visto	sou visto	je suis vu	sono visto	sint vazut
Imperf.	<i>videbar</i>	era visto	era visto	j'étais vu	ero visto	eram vazut
Fut.	<i>videbor</i>	seré visto	serei visto	je serais vu	sarò visto	voi fi vazut
Perf.	<i>visus sum</i>	fui (he sido) visto	fui visto	j'ai été vu	sono stato visto	fusei (fui) vazut
Pperf.	<i>visus eram</i>	había sido visto	havía sido visto	j'avais été vu	ero stato visto	fusesem vazut
Fut.ant.	<i>visus ero</i>	habré sido visto	haveréi sido visto	je aurais été vu	sarò stato visto	vom fi fost vazut

8- Igualmente, el futuro indicativo, que en latín en la 1ª y 2ª conjugaciones es muy parecido al imperfecto (ej.: *cantábit*, cantará; *cantábat*, cantaba; *videbit*, verá; *videbat*, veía), en las lenguas romances fue reemplazado por perífrasis equivalentes a: voy a..., debo ..., he de..., tengo que..., seguidas por el infinitivo. El hecho de que todas las lenguas romances, incluyendo el rumano, hayan

generalizado estos procedimientos, permite deducir que estamos ante una tendencia generalizada, a nivel de lengua popular, en todo el ámbito del imperio romano desde el primer siglo después de Cristo.

Presumimos que la forma más generalizada en el latín popular consistía en utilizar el infinitivo seguido por el auxiliar *haber*, así: **videre hábeo*, «ver he» (es decir, «he de ver»). Como la *h* inicial era muda, fue muy fácil unir ortográficamente los dos elementos, que ya se unían fonéticamente, de donde resultó, por ejemplo: *ver-é* y *veré*.

Con un procedimiento análogo se creó el tiempo *potencial*, que no existía en latín, habilitando para ello una perífrasis con infinitivo e imperfecto del verbo *habere*, a través de los pasos: **videre habebam*, *veer-había*, *veer-ía*, *vería*.

Esta transición fue progresiva, y todavía en el siglo X d. C. se sentían los dos elementos como separados. Así se puede comprobar en castellano en el Poema de Mío Cid, donde el pronombre personal en función de complemento directo podía intercalarse a voluntad entre los dos elementos verbales. De esto citaremos tres ejemplos.

En primer lugar, cuando Roy Díaz, desterrado de Vivar, entra en Burgos y, a causa del bando real, nadie se atreve a hospedarlo:

«*combidar le íen de grado, mas niguno non osava*» (convidarlo habían con gusto, pero ninguno osaba) (Tirada 4).

Más tarde, cuando el Cid, en Valencia, se dispone a enfrentarse a los moros, se siente halagado porque sus hijas y su mujer, desde el alcázar, podrían verlo combatir:

«*mis fijas e mi mujer, veerme an lidiar*» (mis hijas y mi mujer, verme han luchar) (Tirada 90).

Finalmente, cuando los dos infantes de Carrión que visitan al Cid en Valencia, se ven afrentados por él, deciden tomar venganza en sus prometidas, las hijas del Cid, Doña Elvira y Doña Flor, para lo cual piden autorización para llevarlas a Carrión:

«*enseñarlas emos, do ellas heredadas son*» (enseñarles hemos, dónde ellas obtuvieron herencia) (Tirada 124).

Modernamente «convidarían», «verán» y «enseñaremos» y todas las formas análogas se sienten como unidades de significación, y no se aceptaría como correcto decir: *convidarlo-íamos*, *veerme-án*, *enseñarles-émos*. Eso es así en la mayoría de las lenguas romances (ejs.: cast., *veré*; port., *verei*; fr.

Paso del latín a las lenguas romances

voirais; it., *vedró*). En rumano, en cambio, en el futuro, que surgió de la perífrasis latina *volo* + infinitivo (ej.: **volo videre*, quiero ver), se conserva la separación entre verbo auxiliar e infinitivo (*voi vedea*, «quiero ver», veré), de modo que sí se puede intercalar el pronombre personal (*voite vedea*, «quíerote ver», te veré).

8- Junto con estos cambios de la sintaxis, muchas voces cultas en el lenguaje coloquial fueron desplazadas por voces populares y rústicas, sinónimas de aquellas o de significado parecido. He aquí algunos ejemplos:

Latín	Cast.	Port.	Fr.	It.	Rum.
<i>domus</i>					
<i>casa</i> (choza)	casa	casa	chez (junto a)	casa	casa
<i>mansio</i>	mansión	mansao	maison	mansione	
<i>ignis</i>					
<i>focus</i>	fuego	fogo	feu	fuoco	foc
<i>ianua</i>					
<i>porta</i>	puerta	porta	porte	porta	
<i>éxitus</i>				uscio	usha
<i>ludus</i>					
<i>iocus</i> (broma)	juego	jogo	jeu	gioco	joc
<i>equus</i>					
<i>caballus</i>	caballo	cavalo	cheval	cavallo	cal
<i>os</i>					
<i>bucca</i>	boca	boca	bouche	bocca	gura (de: gula)
<i>ósculum</i>					
<i>basium</i>	beso	beijo	baisier	baccio	sarut (saludo); pupat
<i>magnus</i>					
<i>grandis</i>	grande	grande	grand	grande	mare (de: maiorem)
<i>áger</i>					
<i>campus</i>	campo	campo	champ	campo	cimp
<i>vésper</i>	víspera	véspera	vèpre	vespro	vecernie
<i>sera</i> (<i>nox</i>)			soir	sera	seara

Latín	Cast.	Port.	Fr.	It.	Rum.
<i>tardum</i>	tarde	tarde	tard	tardi	tarziu
<i>cervus</i>	ciervo	cervo	cerf	cervo	cerb
<i>venatus</i> (cacería)	venado	viado			
<i>dóminus</i>	don, dueño,	dom, dono	don	domn	
<i>sénior</i> (anciano)	señor	senhor	seigneur, sieur	signore	
<i>ensis</i> (poét.)					
<i>gladius</i>					
<i>spatha</i> (gr.)	espada	épée	spada	spada	
<i>nummus</i>					
<i>pecunia</i>					
<i>moneta</i>	moneda	moeda	monnaie	moneta	moneda

9- En este punto es interesante también observar lo que sucedió con la expresión latina «*iécur ficatum*», receta muy popular, que consistía en hígado (*iécur*) de res cocido con higos (*ficus*). La pronunciación clásica del adjetivo era «*ficatus*», mientras las masas latinohablantes de casi todo el imperio preferían *ficatus*. Finalmente, este adjetivo se sustantivó y capturó para sí el significado original de «*iécur*». De allí resultaron las formas romances: cast. *higado*; port. *figo*; fr. *foi*; it. *fégato*; rum. *ficát*.

El hecho de que también en rumano se observe este mismo fenómeno del cambio semántico de «*ficatus*» a costa de «*iécur*», sugiere que este proceso se había producido a nivel del latín popular ya durante el s. I d. C.; sin embargo, la forma rumana *ficát* procede de la pronunciación clásica (*ficátus*) del adjetivo. Este detalle sugiere que el paso de la pronunciación llana a la pronunciación esdrújula de *ficatus* tuvo que generalizarse en el ámbito de las provincias occidentales a partir del siglo II. d. C.

Con respecto al término «*moneta*», que nació por la circunstancia de que en Roma el dinero circulante en la época imperial se acuñaba en el templo de Juno «*moneta*» o consejera, se debe notar que tal designación no sólo fue usual en todo el ámbito de las futuras lenguas romances, sino que era común en la totalidad del imperio romano. De esto quedan evidencias lingüísticas modernas en el alemán *münze* y en el inglés *money*. Se perdió, en cambio, el vocablo

original latino *pecunia*, que en la sociedad agraria romana primitiva hacía referencia al ganado (*pecus*) como valor usual en las transacciones de compra-venta, y seguía conservándose en los litigios judiciales aún en la época del imperio.

Otro elemento característico asociado al poderío de Roma, fueron las «víae stratae», o vías pavimentadas con lajas de piedra. Su designación específica latina («strata»), se reconoce todavía en el inglés *street*, en el alemán *strasse* y en el italiano y rumano *strada*. Sin embargo, este término no llegó a formar parte del vocabulario patrimonial del francés y del castellano; en portugués, en cambio, sobrevivió en el vocablo *estrada*, que es también un apellido de persona.

Que la superioridad cultural de Roma era reconocida por los pueblos bárbaros de Europa se revela por la incorporación en varias lenguas del término latino «magister», maestro, que en inglés originó *master* y *mister*, en alemán, *meister*, en francés *maître*, en italiano, portugués y castellano, *maestro* y *maestre*, y en rumano, *maestru*.

Entre las palabras latinas que se impusieron y se perpetuaron en lenguas distintas de las romances, no podían faltar términos militares como «castrum» (pl. «castra») y su diminutivo, «castellum», con los cuales Roma designaba los campamentos militares y fortificaciones, que a partir del s. II d. C. tuvo que multiplicar en sus fronteras, para enfrentar la presión de los pueblos bárbaros. De tales términos, «castellum» se conservó en todas las lenguas romances (port. *castelo*; cast. *castillo*; fr. *chateau*; it. *castello*; rum. *castel*), sin olvidar que en su forma plural («castella») se volvió *Castilla*; en efecto, los visigodos romanizados del norte de la península ibérica tuvieron que fortificarse con muchos «castiella» para resistir el acoso de los árabes, que entonces comenzaron a hablar de lo aguerrido de esos *alcázar*, su manera agarena de decir «castra». Además, en inglés originó el moderno *castle* y el antiguo *chester*, que se conserva en designaciones toponímicas como Chesterfield, Manchester y otras, y en alemán sobrevive en el término *kastell*, que precisamente se refiere a las ruinas de castillos o fortificaciones romanas.

¿Y qué decir de *Caesar*, sobrenombre de Cayo Julio, el primer emperador, término que luego designaría al «princeps» o *primer ciudadano* del Imperio, posteriormente a los comandantes en jefe de los ejércitos de los imperios de Oriente y de Occidente, y que fue considerado el título más honroso inclusive por los *Czares* de Rusia?

Por otra parte, del contacto con el griego, como observamos arriba, el latín popular tomó el vocablo *spatha*, o espada ancha, que en las lenguas romances desplazó el término militar latino *gladius* y el más poético *ensis*.

Otra voz griega como παραβολή, penetró en el lenguaje popular en asociación con la difusión del cristianismo. En Hispania se pronunció a la latina con acento esdrújulo, *parábola*, manteniendo su significación original; pero también, en boca del pueblo, originó el término castellano «palabra» y el portugués «palavra», por eliminación de la vocal postónica. En cambio, en Galia y en Italia antiguamente se pronunció con acento llano, lo cual produjo las voces modernas «parole» y «parola» respectivamente. Subsisten, además, las formas *parabole* (fr.) y, en italiano moderno, *parábola*, ambas con el significado griego original.

Todo lo anterior, para fines del s. V d. C. había producido una brecha notable entre el latín clásico y el latín que hablaban las masas del imperio romano. Sin embargo, siempre existía contacto con las formas cultas, especialmente por parte de las clases altas e instruidas del imperio, que tenían acceso a la educación formal.

10- Cuando luego se precipitaron sobre las provincias imperiales, durante dos siglos, sucesivas oleadas de pueblos bárbaros, que rompieron la unidad política, la organización social y económica y en gran parte aniquilaron las clases altas, decayó en forma alarmante el nivel cultural de las poblaciones, con el consiguiente empobrecimiento del vocabulario, y cada grupo humano del imperio se fue replegando sobre sí mismo. Como consecuencia, las diferencias regionales se fueron acentuando, tanto desde el punto de vista fonético, como por el afloramiento de muchas voces de las lenguas locales, que hasta entonces habían quedado como opacadas por las equivalentes designaciones del latín oficial. En otras ocasiones, los términos latinos cultos fueron olvidados, o fueron cambiando de significado, o dieron pie para formas y combinaciones nuevas, en cada grupo de hablantes con independencia de los otros.

Por ejemplo, por lo que se refiere al acto cotidiano de comprar, se desechó la forma clásica «émere», y las formas romances en general proceden del verbo latino *comparare*, comparar (cast. *comprar*; port., *comprar*; it., *comperare*; rum., *a cómpara*). En efecto, el acto de comprar se realiza comparando el valor de la mercancía y de la moneda con la cual se adquiere; o, en el caso de la compra por trueque, comparando un objeto o un producto con otro. El término francés *acheter*, comprar, en cambio, resultó de un supuesto **accaptare*, captar.

En cuanto al también cotidiano acto de pagar lo que se compra, una vez más el término clásico *solvere*, pagar (del cual en castellano nos quedan los tecnicismos *solvente*, *insolvente* y *solventar*), en boca del pueblo quedó mayoritariamente desplazado por el verbo *pacare*, aplacar... al acreedor (cast., *pagar*; port., *pagar*; fr., *payer*; it., *pagare*). El término rumano *a plati*, pagar,

sin embargo, alude a las monedas acuñadas (πλαττα, en griego ático), que se empleaban para efectuar los pagos; y esto, una vez más, lo atribuimos al hecho de que Dacia pertenecía al Imperio de Oriente, lo cual implicaba la fuerte presión lingüística del griego sobre la lengua romance local.

De paso señalamos que del aticismo πλαττα, procede el castellano *plata*, término con el cual se designan tanto las monedas (originariamente las didracmas de Hegina y las tetradracmas de Atenas), como el metal con el cual estaban hechas.

Destacamos también que, en lugar del adverbio clásico «nunc», algunas lenguas habilitaron la expresión «hac hora», en esta hora (cast. *agora*, *ahora*; port. *agora*; it. *ora*; rum. *acú*, *acúm*), o «idipsum», eso mismo (it. *adesso*), o bien la expresión «manu tenentem», teniendo en mano (fr. *maintenant*). El adverbio clásico «nunquam», nunca, en general fue sustituido por la antítesis «iam magis», ya más (cast. *jamás*; port. *jamais*; fr. *jamais*; it. *giammai*, *mai*) o por «nulla data», en ninguna fecha (rum. *niciodata*) o el equivalente «nunquam inde», nunca desde entonces (rum. *nicicind*).

Una palabra de uso cotidiano, como «días», pasó a las lenguas hispánicas como *día*, y al rumano como *zi*, mientras en las Galias e Italia se distinguieron las horas de luz, el «diurnus» (dies), por oposición al «nocturnus» (dies), es decir, las horas nocturnas. De allí resultó en it. *giorno*, en fr. *jour*, además de la expresión *toujours* (de «totus diurnus», es decir, «todo día» o siempre), que desplazó el adverbio latino propio «sémper». Aquí, una vez más citamos a Isidoro de Sevilla, quien observaba, entre los barbarismos de dicción, la circunstancia de que los itálicos pronunciaban «ozie» en lugar de «hodie», palatalizando la consonante dental del grupo *di*, seguido de vocal. Por lo visto, este fenómeno era común tanto a Italia como a las Galias, y también se presentaba en Dacia, donde las voces latinas «días, diurnus, diarius, déitas» originaron en rumano «zi, zilnic, ziar, zeita». ²

Las expresiones latinas clásicas de saludo: Ave-avete!, Salve-salvete!, Vale-valetel!, en boca del pueblo fueron sustituidas por la expresión del deseo de un buen día, buena tarde y buena noche. La temprana generalización de este uso, una vez más, se puede comprobar por el hecho de que se extendió uniformemente a todas las provincias del Imperio, pero, una vez más, con algunos detalles regionales. Por de pronto, la fórmula básica latina «Bonum diem!» originó:

² La palatización del grupo *di* seguido de vocal alcanzó a salpicar también un poco la península ibérica, como se evidencia por la palabra castellana *gozo*, que se originó en el latino «gaudium».

cast. ¡*Buen día!* y ¡*Buenos días!*; port. *Bos dias!*; rum. *Buna ziua!*. En cambio, las fórmulas correspondientes, en francés e italiano, se originaron de la expresión latina «*Bonum diurnum!*» (fr.: *Bon jour!*; it. *Buon giorno!* - pero dialectal *Bon dí!*).

Las correspondientes fórmulas para desear una feliz noche, se remontan unánimemente al latín «*Bonam noctem!*» o «*Noctem bonam!*» (cast.: ¡*Buenas noches!*; port. *Boas noites!*; Fr. *Bonne nuit!*; it. *Buona notte!*; rum. *Noapte buna!*).

En cuanto al deseo de una feliz tarde, la fórmula básica latina fue «*Bonam seram!*», que originó respectivamente: fr. *Bonne soir!*, it. *Buona sera!*, rum. *Buna seara!*. En la península ibérica, en cambio, se prefirió reemplazar «*serus*», tardío, por su sinónimo «*tardus*», lento, lo cual produjo: cast. ¡*Buenas tardes!*, port. *Boas tardes!*

Siempre hablando de «días», en latín esta palabra se podía usar como masculina (ej.: «*dies festus*»), o como femenina (ej.: «*dies festa*»). De hecho, sin embargo, la expresión «*día del Señor*» en el área nor-occidental del imperio romano se usó preferentemente como masculina («*dies Domínicus*», según Isid. de Sevilla, *Etym.* VI, xvii-xviii), lo cual motivó que en castellano *domingo* sea masculino, al igual que en portugués (*o domingo*) y en francés (*le dimanche*). En contraste, se empleó como femenino («*dies Domínica*») en Italia y Dacia, y de allí se originó respectivamente: it., *la doménica*; rum., *dumínica*.

Por otra parte, se sabe que el adverbio latino «*hodie*», hoy, es una contracción de la frase «*hoc die*», en este día, en la cual el sustantivo «*dies*» es usado como masculino, según se evidencia por el pronombre en ablativo «*hoc*», en este... Lo mismo vale para el port. *hoje* y el it. *oggi*. En rumano, en cambio, el adverbio correspondiente es *azi*, hoy, que etimológicamente se debe hacer remontar a la expresión latina «*hac die*», donde el sustantivo es usado como femenino. Solo así se explica la *a* inicial, que procede de la forma femenina en ablativo «*hac*».

Un rasgo característico de las lenguas iberas, era la imposibilidad de pronunciar la *s* inicial latina seguida de otra consonante (ej.: *scutum*, *spíritus*, *strépitus*...), y se le anteponía una *i* o una *e* (*iscutum*, *ispíritus*, *istrépitus*...), que en el habla actual se normalizó como *e* (*escudo*, *espíritu*, *estrépitito*...). Este detalle regionalista a veces se le escapaba inclusive al culto S. Isidoro de Sevilla, quien escribe «*istructura*» en lugar del latino normal «*structura*». (*Etym.*, XIX, xvii)

A este mismo rasgo fonético atribuimos la original etimología que da el mismo Isidoro acerca de la palabra latina *spes*, esperanza. Dice el buen obispo sevillano en el s.VII d. C.: *Spes vocata quod sit pes progrediendi, quasi «est*

pes», (Ibid., VIII, i), donde es obvio que está etimologizando a partir de la pronunciación hispana «espés» del término latino *spes*.

Por otra parte, la clásica «fenestra», que originó en fr. *fenêtre*, it. *finestra* y rum. *fereastră*, en castellano y portugués fue reemplazada por el neologismo *ventana*, o hueco de ventilación.

De las tres posibles formas como los latinos podían referirse a los ovinos (pecus-pécoris; vérvex; ovis-ovícula), alguna lengua romance escogió la primera (it. *pécora*), otras la segunda (fr. *brebis*; rum. *berbec*), y otras la última (cast. *oveja*; port. *ovelha*; rum. *oaie*).

La voz «vespertilio» (it. *pipistrello*; rum. *liliac*), en las Galias fue reemplazada por la expresión «calvus sórex», o ratón calvo, que produjo el fr. *chauve souris*, mientras en Hispania fue sustituida por «mus caeculus», ratón ciego, que originó la voz castellana *murciélago*.

Igualmente, luego de la invasión de los árabes, en Hispania la voz latina «óleum», óleo, en las capas populares sufrió la ventajosa competencia del árabe «azit», que se volvió *aceite*; y como esta palabra suena muy semejante al latino «acetum», vinagre, a fin de evitar confusiones esta última voz fue reemplazada por la expresión «vinum acre», vino agrio, que finalmente se volvió *vinagre*.

La palabra latina «canis» (fr. *chien*; it. *cane*; rum. *cîine*), en castellano antiguo se volvió *can*, término que se registra en el Poema de Mío Cid (¡Ya, *canes* traidores!), pero más tarde fue desplazada en el uso general por el resurgimiento de la voz iberá *perro*.

Igual cosa sucedió con el término «vulpis» (it. *volpe*; rum. *vulpe*), que todavía en el s. XIV sonaba *vulpeja* en el *Conde Lucanor* de Don Juan Manuel, y luego fue opacada por el iberismo *zorro*. En francés, en cambio, la voz antigua *goupil*, derivada de «vulpis», a partir del s. XIII fue desplazada por *renard*, variante de Renart, nombre propio del personaje principal del *Roman de Renart*.

Una raza particular de «canis» era el membrudo y feroz «molossus», que fue designado irónicamente como «mansuetinus», mansito, y originó en castellano la voz *mastín*.

El latino «ásinus» (fr. *âne*; it. *ásino*; rum. *asin*), en castellano y portugués fue irónicamente desplazado por la voz *burro*, que coincide con el término latino «burrus» (según S. Isidoro de Sevilla, así era como los latinos pronunciaban el griego *pyrros*, pelirrojo). A su vez, el vocablo latino «ruditus», que expresaba el reclamo del burro, fue sustituido en Hispania por la metáfora «rebúccinum»,

trompeteo repetido, que finalmente originó el castellano *rebuzno*, mientras «ruditus» se volvió *ruido*.

Y como en la alta edad media, en el ámbito del antiguo imperio romano la mayor parte de los prisioneros eran de raza eslava, los términos «slavus» y «sclavus» (ingl. *slave*; alem. *sklave*; cast. y port. *esclavo*; fr. *esclave*; it. *schiaivo*; rum. *sclav*) desplazaron el clásico «servus», con que se designaba propiamente a los prisioneros de guerra o forajidos reducidos a servidumbre.

Todos estos procesos evolutivos, transformaciones y sustituciones afectaron libre y anárquicamente a decenas y centenares de palabras; y cuando los hombres de letras, hacia el s. XI, comenzaron a fijar por escrito las formas «latinas», tal como sonaban en la boca del pueblo, y recopilaron los poemas y cantares tradicionales que se transmitían oralmente entre los juglares, las antiguas provincias del imperio romano tomaron conciencia de sus mutuas diferencias. Eso fue echando las bases para el surgimiento de las nacionalidades «latinas» modernas, cada una con su lengua oficial propia, aunque todas ellas distintas del latín clásico que les dio vida y que sigue proporcionándoles muchos rasgos de identidad que permiten reconocerlas como hermanas.

De todos modos, no se debe olvidar un hecho importante, como es la circunstancia de que a comienzos del s. XVII se fundó en España la Real Academia de la Lengua, a imitación de la correspondiente academia de la lengua francesa. A partir de entonces, desechando el criterio ortográfico fonético medieval, se impuso el criterio ortográfico etimológico, que procuraba escribir las palabras en la forma más parecida posible a las palabras latinas y griegas de las cuales procedían (ejs.: doctor, digno, hombre, haber..., en lugar de las formas medievales: *dotor, dino, ome, aver* ...). Eso llevó a que las palabras castellanas actualmente presenten una apariencia latina mucho mayor que las equivalentes españolas formas medievales.

Además, el latín, junto con el griego -no tanto sus sintaxis, sino sus vocabularios-, son la fuente de donde se siguen tomando decenas y centenares de palabras o formas lingüísticas hace mucho tiempo caídas en desuso en las lenguas vivas, pero que vuelven a ser lanzadas al caudal del habla cotidiana o de la jerga especializada de las diferentes disciplinas científicas. Hoy en día aceptamos como palabras corrientes: *ego, psique, libido, video, audio, cápsula, cursor, data, dígito, astronauta, mediático, cibernético, eléctrico, fáctico, holístico, paranoico, clon, clonación, hipermercado, mutante, intergaláctico, terapia, gastritis, cardiograma, bocina, cosmético, humectante, parabólica, hectómetro, crono, fono, icono, récipe, déficit*,

superávit, hábitat, ... y centenares de voces más, que desconocía el pueblo hispanohablante desde los primeros registros del idioma.

Este fenómeno se ha ido produciendo a lo largo de toda la historia de la lengua: desde la Edad Media, cuando en castellano eran neologismos latinos palabras hoy usuales, como *incómodo, atestiguar, príncipe, tributario, cotidiano, frondes, nítido, transparente...*, al Renacimiento, cuando escritores castizos como Quevedo y Lope de Vega hacían burla de *fulgores, joven, candor, construye y métrica armonía...*, y aún más tarde, cuando comenzó a hablarse por primera vez en castellano de *aroma, fatal, rutilante, esplendoroso, pavoroso, agitar, coacción...*

De este modo, podemos concluir que, en la medida en que la cultura y las ciencias avancen y creen la necesidad de expresar nuevas realidades y relaciones, antes desusadas o inexistentes, no solo el castellano, sino en general los idiomas modernos incorporarán a su vocabulario más y más elementos tomados de los idiomas clásicos. Con esto se demuestra el permanente vigor del legado cultural de la antigüedad.

Bibliografía

- Condrea Derer, Doina. 1992. *Dizionario italiano-romeno, romeno italiano*. Milán, A. Vallardi.
- Ernout A., y A Meillet. (1932) 1959. *Dictionnaire etymologique de la langue latine*. Paris, C. Klincksieck. 4a. Ed.
- Isidoro de Sevilla. (1911) 1988. *Etymologiarum sive originum libri XX*, a cargo de W. M. Lindsay. New York, Oxford University Press, 2 vols.
- Lucrecio Caro, Tito. (1725). *De Rerum Natura*, a cargo de Sigeverth Havercamp. Amsterdam, Janssonios van der Aa., 2 vols., 1725.
- Lucrecio Caro, Tito. (1958). *De Rerum Natura*, con traducción de Lisandro Alvarado. Caracas, ME.
- Suetonius. (1913) 1989. *De vita Caesarum*. Edinburg, Harward University Press, traducido y editado por J. C. Rolfe. 2 Vols.